

The background of the cover is a soft, painterly illustration. In the lower-left foreground, a young woman with long, flowing blonde hair is shown from the back, looking up towards the sky with her hands clasped in prayer. She wears a simple, light green dress. In the upper half of the image, three swans are depicted in flight. The central swan is the largest and is carrying a small, white, crown-like object in its beak. The other two swans are smaller and fly on either side of it. In the background, on the right side, a castle with multiple spires and towers is visible, partially obscured by mist or a soft focus. The overall color palette is warm and muted, with yellows, greens, and soft blues.

Hans Christian Andersen

Los cisnes
Salvajes

E LEJANDRIA



Hans Christian Andersen

Los cisnes
Salvajes

ELEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LOS CISNES SALVAJES

HANS CHRISTIAN ANDERSEN

PUBLICADO: 1838
FUENTE: [HTTPS://DA.WIKISOURCE.ORG](https://da.wikisource.org)
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LOS CISNES SALVAJES

Muy lejos de aquí, allá donde vuelan las golondrinas cuando tenemos invierno, vivía un rey que tenía once hijos y una hija, Elisa. Los once hermanos, príncipes eran, iban a la escuela con una estrella en el pecho y el sable al costado; escribían en tablillas de oro con pluma de diamante y recitaban de memoria tan bien como leyendo; se notaba enseguida que eran príncipes. Su hermana Elisa se sentaba en un taburete de espejo y tenía un libro de estampas que había costado la mitad del reino.

¡Ay, qué bien vivían aquellos niños, pero así no había de ser siempre!

Su padre, que era rey de todo el país, se casó con una reina malvada que no quería nada bien a los pobres niños; ya el primer día pudieron notarlo. En todo el palacio había gran fiesta, y los niños jugaban a recibir visitas; pero en lugar de darles, como de costumbre, todos los pasteles y las manzanas asadas que hubiera, ella les dio arena en una taza de té y les dijo que podían hacer como si fuera algo.

A la semana siguiente hizo llevar a la pequeña Elisa al campo, a casa de unos campesinos, y no tardó mucho en convencer al rey de tantas cosas sobre los pobres príncipes que ya no se preocupó más de ellos.

—¡Volad por el mundo y arreglaos como podáis! —dijo la reina malvada—. ¡Volad como grandes pájaros, sin voz! Pero no pudo hacerlo tan terrible como habría querido; se convirtieron en once hermosos cisnes salvajes. Con un extraño grito salieron volando por las ventanas del palacio por encima del parque y del bosque.

Era todavía muy de mañana cuando pasaron junto al lugar donde la hermana Elisa dormía en la casa del campesino; sobrevolaron el tejado, torciendo sus largos cuellos y batiendo las alas, pero nadie lo oyó ni lo vio; tuvieron que seguir adelante, muy alto hacia las nubes, lejos por el ancho mundo, y fueron a parar a un gran bosque oscuro que se extendía hasta la orilla del mar.

La pobre pequeña Elisa estaba en la casa del campesino jugando con una hoja verde; no tenía otro juguete. Le hizo un agujero y miró a través de él hacia el sol, y le pareció ver los ojos claros de sus hermanos, y cada vez que los cálidos rayos del sol brillaban en su mejilla, pensaba en todos sus besos.

Un día pasaba igual que el otro. Cuando el viento soplaba entre los grandes rosales del exterior de la casa, susurraba a las rosas: «¿Quién puede ser más hermosa que vosotras?», pero las rosas meneaban la cabeza y decían: «Es Elisa.» Y cuando la anciana se sentaba los domingos a la puerta leyendo su devocionario, el viento pasaba las páginas y decía al libro: «¿Quién puede ser más piadosa que tú?» —«¡Es Elisa!», decía el devocionario, y eso era la pura verdad lo que decían las rosas y el devocionario.

Cuando cumplió quince años debía volver a casa; y cuando la reina vio lo hermosa que era, le tomó odio y rencor. De buena gana la habría convertido en un cisne salvaje, como a sus hermanos, pero no se atrevió de inmediato, pues el rey querría ver a su hija.

En las primeras horas de la mañana la reina entró en el baño, construido de mármol y adornado con suaves cojines y las más bellas alfombras, y tomó tres sapos, los besó y dijo al primero: «Siéntate en la cabeza de Elisa cuando entre en el baño, para que se vuelva torpe como tú. Siéntate en su frente», dijo al segundo, «para

que se vuelva tan fea que su padre no la reconozca. Descansa junto a su corazón», susurró al tercero, «y dale un ánimo perverso para que sufra por ello.» Luego puso los sapos en el agua clara, que enseguida tomó un color verdoso, llamó a Elisa, la desvistió y la hizo bajar al agua, y al sumergirse, el primer sapo se le posó en el cabello, el segundo en la frente y el tercero en el pecho, pero Elisa parecía no sentirlo en absoluto; en cuanto se incorporó, flotaron en el agua tres amapolas rojas; si los animales no hubieran sido venenosos y besados por la bruja, se habrían convertido en rosas rojas, pero flores se volvieron de todas formas, al reposar sobre su cabeza y junto a su corazón; era demasiado piadosa e inocente para que el embrujo tuviese poder sobre ella.

Cuando la reina malvada lo vio, la frotó con zumo de nuez hasta que quedó completamente morena, le untó el hermoso rostro con un ungüento maloliente y dejó que el cabello precioso se enredase; era imposible reconocer a la hermosa Elisa.

Así, cuando su padre la vio, se quedó horrorizado y dijo que aquella no era su hija; nadie tampoco quiso reconocerla, salvo el perro guardián y las golondrinas, pero eran animales pobres y no tenían voz.

Entonces la pobre Elisa lloró y pensó en sus once hermanos, que todos habían desaparecido. Llena de pena, se escabulló del palacio y caminó todo el día por campos y páramos hasta el gran bosque. No sabía en absoluto adónde iba, pero se sentía tan afligida y anhelaba tanto a sus hermanos; también ellos, pensó, habrían sido arrojados al mundo como ella, y quería buscarlos y encontrarlos.

Llevaba poco tiempo en el bosque cuando cayó la noche; se había alejado completamente del camino; entonces se tendió sobre el blando musgo, rezó sus oraciones nocturnas y apoyó la cabeza en un tocón. Todo estaba tan silencioso, el aire era tan suave, y por la hierba y el musgo brillaban, como fuego verde, más de cien luciérnagas; cuando rozó suavemente con la mano una de las ramas, los insectos luminosos cayeron hacia ella como estrellas fugaces.

Toda la noche soñó con sus hermanos; jugaban de nuevo como de niños, escribían con pluma de diamante en tablillas de oro y miraban el hermoso libro de estampas que había costado la mitad del reino; pero en las tablillas no escribían, como antes, solo ceros y rayas, sino las más audaces hazañas que habían llevado a cabo, todo lo que habían vivido y visto; y en el libro de estampas todo cobraba vida, los pájaros cantaban y las personas salían del libro y hablaban con Elisa y sus hermanos, pero cuando pasaba la página, saltaban enseguida de vuelta para que no se confundieran los dibujos.

Cuando despertó, el sol estaba ya bien alto; en verdad no podía verlo, pues los altos árboles extendían sus ramas tupidas y densas, pero los rayos jugaban allá arriba como un velo de oro ondeante; había un aroma a cosa verde, y los pájaros estaban a punto de posársele en los hombros. Oyó correr el agua; eran muchos manantiales que desembocaban en una laguna con el más hermoso fondo de arena; es cierto que alrededor crecían matorrales espesos, pero en un lugar los ciervos habían abierto una gran brecha, y por allí se acercó Elisa al agua, que era tan cristalina que, de no haber agitado el viento las ramas y los arbustos moviéndolos, habría creído que estaban pintados en el fondo, tan nítidamente se reflejaba cada hoja, tanto la que el sol atravesaba como la que estaba completamente en sombra.

En cuanto vio su propio rostro se asustó mucho, de tan moreno y horrible que estaba, pero cuando mojó su manita y se frotó los ojos y la frente, la piel blanca volvió a brillar; entonces dejó todas sus ropas y entró en el agua fresca; una hija de rey más hermosa que ella no existía en este mundo.

Cuando volvió a vestirse y se trenzó el largo cabello, fue hasta el manantial burbujeante, bebió con la palma de la mano y se adentró más en el bosque, sin saber ella misma adónde. Pensaba en sus hermanos, pensaba en el buen Dios que seguramente no la abandonaría; él deja crecer las manzanas silvestres para saciar al hambriento; le mostró uno de esos árboles, cuyas ramas doblaban de fruta; allí hizo su almuerzo, puso apoyos bajo las ramas y se

internó en la parte más oscura del bosque. Todo estaba tan silencioso que oía sus propios pasos, oía cada pequeña hoja seca que se doblaba bajo su pie; no se veía ni un pájaro, no podía penetrar ni un rayo de sol entre los grandes árboles frondosos; los altos troncos estaban tan juntos que, mirando al frente, era como si una reja de vigas, una junto a otra, la rodeara por completo. ¡Ah, allí había una soledad como ella nunca había conocido!

La noche se puso muy oscura; ni una sola luciérnaga brillaba en el musgo; acongojada se tendió para dormir, y entonces le pareció que las ramas de los árboles sobre ella se apartaban y el Señor la miraba desde lo alto con ojos bondadosos, y pequeños ángeles asomaban sobre su cabeza y bajo sus brazos.

Cuando despertó por la mañana no sabía si lo había soñado o si era verdad.

Dio unos pasos adelante, cuando se encontró con una anciana que llevaba bayas en su cesto; la anciana le dio algunas. Elisa le preguntó si no había visto pasar a once príncipes cabalgando por el bosque.

—No —dijo la anciana—, pero ayer vi once cisnes con coronas de oro en la cabeza nadando río abajo, aquí cerca.

Y la condujo un trecho más adelante hasta un precipicio; más abajo serpenteaba un río cuyos árboles en las orillas extendían sus largas ramas cargadas de hojas unos hacia otros, y donde, por su crecimiento natural, no podían llegar a tocarse, habían arrancado las raíces de la tierra e inclinándose sobre el agua con las ramas entrelazadas.

Elisa se despidió de la anciana y caminó a orillas del río hasta donde este desembocaba en la gran playa abierta.

Todo el hermoso mar se extendía ante la joven, pero no se veía ni un velero allá fuera, ni había ninguna barca; ¿cómo iba a seguir adelante? Contempló las innumerables piedrecitas en la orilla; el agua las había pulido a todas redondas. Vidrio, hierro, piedras, todo lo que yacía arrastrado por las olas había tomado la forma del agua,

que sin embargo era mucho más blanda que su delicada mano. «Sigue sin descanso y así allana lo duro; yo seré igualmente incansable. ¡Gracias por vuestra lección, claras y rodantes olas; algún día, me lo dice el corazón, me llevaréis hasta mis queridos hermanos!»

Entre el varec arrojado a la orilla había once plumas de cisne blancas; las reunió en un ramo; había gotas de agua sobre ellas, si eran rocío o lágrimas nadie podría saberlo. Solitaria estaba la playa, pero ella no lo sentía, pues el mar ofrecía una variación eterna; sí, en pocas horas más que los lagos de agua dulce en todo un año. Cuando aparecía una gran nube negra, era como si el mar quisiera decir: también yo puedo parecer oscuro, y entonces soplaban el viento y las olas mostraban lo blanco que tenían; cuando las nubes brillaban de rojo y los vientos dormían, el mar era como un pétalo de rosa; ora se volvía verde, ora blanco, pero por muy quieto que reposara, había siempre junto a la orilla un leve movimiento; el agua se levantaba suavemente, como el pecho de un niño dormido.

Cuando el sol estaba a punto de ponerse, Elisa vio once cisnes salvajes con coronas de oro en la cabeza volando hacia la orilla; planeaban uno detrás del otro, y parecía una larga cinta blanca; entonces Elisa subió al precipicio y se ocultó tras un matorral. Los cisnes se posaron cerca de ella y batieron sus grandes alas blancas.

En el momento en que el sol se hundió bajo el agua, el plumaje de cisne cayó de repente y allí estaban once hermosos príncipes, los hermanos de Elisa. Lanzó un grito agudo, pues aunque habían cambiado mucho, supo que eran ellos, lo sintió, tuvo que ser ellos; y saltó a sus brazos, los llamó por su nombre y ellos sintieron una alegría inmensa al ver y reconocer a su pequeña hermana, que ahora era tan grande y hermosa. Rieron y lloraron, y pronto se entendieron mutuamente en todo lo cruel que su madrastra había sido con todos ellos.

—Nosotros, los hermanos —dijo el mayor—, volamos como cisnes salvajes mientras el sol está en el cielo; cuando se pone, recobramos nuestra forma humana; por eso debemos tener siempre cuidado, al

ponerse el sol, de tener tierra firme bajo los pies; pues si en ese momento estuviéramos volando entre las nubes, tendríamos que precipitarnos, como seres humanos, al abismo. Aquí no vivimos; hay un país tan hermoso como este, al otro lado del mar; pero el camino es largo, hemos de cruzar el gran océano, y no hay ninguna isla en nuestro camino donde podamos pasar la noche, solo un peñasco solitario asoma en medio de las aguas; no es más grande que para que podamos descansar en él uno junto al otro; si el mar está agitado, el agua salta sobre nosotros, pero aun así le damos gracias a Dios. Allí pasamos la noche en nuestra forma humana; sin ella nunca podríamos visitar nuestra querida patria, pues necesitamos los dos días más largos del año para nuestro vuelo. Solo una vez al año nos es dado visitar el hogar paterno, podemos quedarnos once días, sobrevolamos este gran bosque desde donde divisamos el palacio donde nacimos y donde vive nuestro padre, vemos la alta torre de la iglesia donde está enterrada nuestra madre. Aquí nos parece que los árboles y los arbustos son parientes nuestros, aquí corren los caballos salvajes por las llanuras como los veíamos en nuestra infancia, aquí canta el carbonero las viejas canciones que bailábamos de niños, aquí está nuestra patria, aquí nos sentimos atraídos y aquí te hemos encontrado a ti, queridísima hermana. Nos quedan aún dos días; luego debemos partir al otro lado del mar, a un hermoso país que no es nuestra patria. ¿Cómo vamos a llevarte con nosotros? No tenemos ni barco ni barca.

—¿Cómo podré salvaros yo? —dijo la hermana.

Y estuvieron hablando casi toda la noche; apenas cerraron los ojos unas pocas horas.

Elisa despertó con el susurro de las alas de cisne sobre ella. Sus hermanos se habían transformado de nuevo y volaban en grandes círculos, alejándose cada vez más, pero uno de ellos, el más joven, se quedó atrás; y el cisne apoyó la cabeza en su regazo y ella acarició sus blancas alas; todo el día estuvieron juntos. Al atardecer regresaron los demás, y cuando se puso el sol volvieron a tomar su forma natural.

—Mañana volamos de aquí; no podremos volver en todo un año, pero no podemos dejarte así. ¿Tienes valor para venir con nosotros? Mi brazo es suficientemente fuerte para llevarte a través del bosque; ¿no tendremos entonces entre todos bastante fuerza en las alas para volar contigo sobre el mar?

—Sí, llevadme —dijo Elisa.

Pasaron toda la noche trenzando una red con la flexible corteza de sauce y los juncos resistentes, y quedó grande y fuerte; sobre ella se tendió Elisa, y cuando el sol salió y los hermanos se convirtieron en cisnes salvajes, la asieron en la red con el pico y alzaron el vuelo muy alto hacia las nubes con la querida hermana, que todavía dormía. Los rayos del sol caían directamente en su rostro, por eso uno de los cisnes sobrevolaba su cabeza para que sus anchas alas la dieran sombra.

Estaban ya muy lejos de la orilla cuando Elisa despertó; creyó estar soñando todavía, tan extraño le parecía ser llevada sobre el mar, muy alto por el aire. A su lado había una rama con hermosas bayas maduras y un manojo de raíces sabrosas; las había recogido el más joven de los hermanos y se las había dejado, y ella le sonrió agradecida, pues supo que era él quien volaba justo encima de su cabeza haciéndole sombra con las alas.

Iban tan altos que el primer barco que vieron bajo ellos parecía una gaviota blanca posada en el agua. Detrás de ellos había una gran nube, todo un monte, y en ella Elisa vio su propia sombra y la de los once cisnes, tan gigantescamente volaban allí; era una imagen más grandiosa que ninguna que hubiera visto antes; pero a medida que el sol subía y la nube quedaba más atrás, la imagen sombría que flotaba fue desvaneciéndose.

Todo el día volaron como una flecha silbando por el aire, pero aun así era más lento que de costumbre, pues ahora llevaban a la hermana. Se acercaba mal tiempo, la tarde se aproximaba; angustiada, Elisa veía ponerse el sol y el peñasco solitario en el mar no aparecía aún; le parecía que los cisnes batían las alas con mayor

fuerza. ¡Ay, era ella la culpable de que no avanzaran lo suficiente! Cuando el sol se pusiera, se convertirían en seres humanos, caerían al mar y se ahogarían. Entonces rezó en lo más hondo de su corazón una plegaria al Señor, pero el peñasco no aparecía aún; la nube negra se acercaba, las ráfagas de viento anunciaban una tormenta; las nubes formaban una sola gran ola amenazante que avanzaba pesada como plomo; los relámpagos centelleaban uno tras otro.

El sol estaba ya en el borde del mar. El corazón de Elisa se estremeció; entonces los cisnes se lanzaron en picado tan bruscamente que creyó caer; pero enseguida volvieron a planear. El sol estaba a medias sumergido en el agua; solo entonces divisó el pequeño peñasco bajo ella, que no parecía mayor que una foca asomando la cabeza fuera del agua. El sol se hundía muy deprisa; ya era solo como una estrella; entonces su pie tocó tierra firme, el sol se apagó como la última chispa en un papel que arde; vio a sus hermanos de pie a su alrededor, cogidos del brazo, pero no había más espacio que el justo para ellos y ella. El mar golpeaba el peñasco y los empapaba como una lluvia torrencial; el cielo ardía en un fuego continuo y los truenos rodaban uno tras otro; pero hermana y hermanos se cogían de las manos y cantaban un salmo del que sacaron consuelo y ánimo.

Al amanecer el aire estaba puro y tranquilo; en cuanto el sol se alzó, los cisnes partieron volando con Elisa desde la isla. El mar seguía agitado; desde lo alto parecía que la espuma blanca sobre el mar negro verdoso era millones de cisnes flotando en el agua.

Cuando el sol subió más, Elisa vio ante ella, como flotando a medias en el aire, una tierra montañosa, con masas relucientes de hielo en las cumbres, y en medio de ella se extendía un palacio inmenso, de legua y media de longitud, con una columnata atrevida sobre la otra; abajo se mecían palmeras y flores de colores espléndidos, grandes como ruedas de molino. Preguntó si aquel era el país al que se dirigían, pero los cisnes menearon la cabeza, pues lo que veía era el hermoso y siempre cambiante castillo de nubes del Fata Morgana; nunca podrían llevar allí a ningún ser humano. Elisa lo

contemplaba fijamente; entonces montañas, bosques y palacio se derrumbaron y en su lugar aparecieron veinte iglesias majestuosas, todas iguales entre sí, con altas torres y ventanas ojivales. Le pareció oír sonar el órgano, pero era el mar lo que oía. Ya estaba muy cerca de esas iglesias cuando se convirtieron en toda una flota que navegaba bajo ella; bajó la vista y solo era niebla marina que se deslizaba sobre el agua. Sí, una variación eterna tenía ante los ojos, y ahora vio la tierra real a la que se dirigían; se alzaban las hermosas montañas azules, con bosques de cedros, ciudades y palacios. Mucho antes de que el sol se pusiera estaba sentada en la ladera ante una gran cueva cubierta de delicadas enredaderas verdes; parecía alfombras bordadas.

—Veamos ahora qué sueñas aquí esta noche —dijo el hermano menor señalándole su dormitorio.

—¡Ojalá pudiera soñar cómo salvaros! —dijo ella, y ese pensamiento la ocupó tan vivamente; rezó a Dios con tanta devoción pidiéndole su ayuda que incluso dormida continuó su plegaria; entonces le pareció que volaba muy alto hasta el castillo de nubes del Fata Morgana, y el hada salió a su encuentro, tan hermosa y resplandeciente, aunque se parecía por completo a la anciana que le había dado bayas en el bosque y le había contado lo de los cisnes con coronas de oro.

—Tus hermanos pueden ser salvados —dijo—, pero ¿tienes valor y perseverancia? Bien es verdad que el agua es más blanda que tus delicadas manos y sin embargo moldea las piedras duras, pero no siente el dolor que sentirían tus dedos; no tiene corazón, no padece la angustia y el tormento que tú deberás soportar. ¿Ves esta ortiga que tengo en la mano? De esta clase crecen muchas alrededor de la cueva donde duermes; solo esas, y las que brotan en las tumbas del cementerio, son útiles, tenlo bien presente; deberás arrancarlas aunque quemen tu piel hasta hacerte ampollas; rompe las ortigas con los pies y obtendrás lino; con él debes hilar y tejer once camisas de malla con mangas largas, échalas sobre los once cisnes salvajes y el embrujo quedará roto. Pero ten bien presente que desde el

momento en que empieces este trabajo hasta que esté terminado, aunque pasen años, no debes hablar; la primera palabra que pronuncies penetrará como un puñal mortal en el corazón de tus hermanos; de tu lengua depende su vida. ¡Grábatelo todo bien!

Y en ese mismo instante le tocó la mano con la ortiga; fue como un fuego ardiente; Elisa despertó con ello. Era plena luz del día, y junto a donde había dormido yacía una ortiga igual a la que había visto en sueños. Entonces cayó de rodillas, dio gracias al Señor y salió de la cueva para comenzar su trabajo.

Con sus delicadas manos arrancó las horribles ortigas; eran como fuego; grandes ampollas le quemaron las manos y los brazos, pero de buena gana sufría si podía salvar a sus queridos hermanos. Rompió cada ortiga con sus pies desnudos e hiló el lino verde.

Cuando se puso el sol llegaron los hermanos, y se asustaron al encontrarla tan silenciosa; creyeron que era un nuevo hechizo de la malvada madrastra, pero al ver sus manos comprendieron lo que hacía por ellos, y el hermano menor lloró, y donde cayeron sus lágrimas ella no sintió dolor alguno; allí desaparecieron las ampollas ardientes.

La noche la pasó con su trabajo, pues no podía descansar hasta haber salvado a sus queridos hermanos; todo el día siguiente, mientras los cisnes estaban fuera, permaneció en su soledad, pero nunca había pasado el tiempo tan deprisa. Una camiseta de malla estaba ya terminada; comenzó la segunda.

Entonces resonaron cuernos de caza entre las montañas; se llenó de angustia; el sonido se acercaba; oyó ladrar perros; asustada se refugió en la cueva, ató las ortigas que había recogido y rastrillado en un haz y se sentó encima.

En ese mismo instante salió un gran perro de entre la maleza, corriendo velozmente, y luego otro, y otro más; ladraban muy fuerte, volvían atrás y se lanzaban de nuevo hacia delante. No tardaron muchos minutos en que todos los cazadores estaban frente

a la cueva, y el más apuesto de todos era el rey del país; se acercó a Elisa; nunca había visto una joven más hermosa.

—¿Cómo has llegado aquí, hermosa criatura? —dijo. Elisa meneó la cabeza; no podía hablar, pues de ello dependía la salvación y la vida de sus hermanos; y escondió las manos bajo el delantal para que el rey no viera lo que sufría.

—¡Ven conmigo! —dijo él—. Aquí no puedes quedarte. Si eres tan buena como hermosa, te vestiré de seda y terciopelo, te pondré una corona de oro en la cabeza y vivirás y reinarás en mi palacio más rico. —Y la levantó sobre su caballo; ella lloraba y se retorció las manos, pero el rey dijo—: Solo quiero tu felicidad; algún día me lo agradecerás. —Y salió cabalgando entre las montañas, con ella delante sobre el caballo, y los cazadores galopaban detrás.

Cuando el sol se ponía, la espléndida ciudad real, con sus iglesias y sus cúpulas, se extendía ante ellos, y el rey la llevó al palacio, donde grandes fuentes salpicaban en los altos salones de mármol, donde las paredes y los techos lucían pinturas, pero ella no tenía ojos para nada, lloraba y se consumía de pena; con indiferencia dejó que las mujeres la vistieran con ropas regias, le trenzaran perlas en el cabello y le pusieran guantes finos sobre los dedos quemados.

Cuando estuvo así en toda su magnificencia era tan cegadoramente hermosa que la corte se inclinó todavía más profundamente ante ella, y el rey la eligió como su prometida; aunque el arzobispo meneó la cabeza y susurró que aquella hermosa muchacha del bosque era con toda seguridad una bruja, había encandilado sus ojos y hechizado el corazón del rey.

Pero el rey no prestó atención, ordenó que sonara la música, sirvieran los manjares más exquisitos y las doncellas más encantadoras bailaran a su alrededor, y fue conducida a través de jardines perfumados a las salas magníficas; pero ni una sonrisa cruzó sus labios ni se reflejó en sus ojos, la pena estaba allí como herencia y posesión eternas. Entonces el rey abrió una pequeña habitación junto al dormitorio de ella; estaba adornada con preciosas

tapicerías verdes y se parecía exactamente a la cueva en que había estado; en el suelo yacía el haz de lino que había hilado de las ortigas, y del techo colgaba la camiseta de malla que ya estaba terminada. Todo esto lo había tomado consigo uno de los cazadores como curiosidad.

—Aquí puedes soñar con tu antiguo hogar —dijo el rey—. Aquí está el trabajo que allí te ocupaba; ahora, en medio de todo tu esplendor, te entretendrá pensar en aquel tiempo.

Cuando Elisa vio aquello que tanto le llegaba al corazón, asomó una sonrisa en su boca y el color volvió a sus mejillas; pensó en la salvación de sus hermanos, besó la mano del rey y él la estrechó contra su corazón e hizo que todas las campanas de la iglesia anunciaran la fiesta de bodas. La hermosa joven muda del bosque era la reina del país.

Entonces el arzobispo le susurró palabras malignas al oído del rey, pero no llegaron a su corazón; la boda debía celebrarse, el propio arzobispo tuvo que ponerle la corona en la cabeza, y con mala voluntad apretó el estrecho aro sobre su frente, de modo que hizo daño; pero había un aro más pesado alrededor de su corazón, la pena por sus hermanos; no sentía el dolor corporal. Su boca estaba muda, una sola palabra habría costado a sus hermanos la vida, pero en sus ojos había un amor profundo al buen y hermoso rey que hacía todo por complacerla. De todo corazón le fue cobrando más cariño día a día. ¡Ojalá pudiera confiar en él, decirle su sufrimiento! Pero muda debía estar, muda debía llevar a cabo su labor. Por eso se escabullía de noche de su lado, iba a la pequeña estancia secreta adornada como la cueva y tejía una camiseta de malla tras otra; pero cuando empezó la séptima, no le quedaba más lino.

En el cementerio sabía que crecían las ortigas que necesitaba, pero ella misma debía arrancarlas. ¿Cómo iba a llegar hasta allí?

«¡Oh, qué es el dolor de mis dedos comparado con el tormento de mi corazón!», pensó. «Debo atreverme. El Señor no me abandonará.» Con una angustia en el corazón como si fuera a

cometer una mala acción, se escabulló en la noche iluminada por la luna por el jardín, salió por las largas avenidas, por las calles desiertas hasta el cementerio. Allí vio, sentado en una de las losas más anchas, un corro de lamias, horribles brujas que se quitaban sus harapos como si fueran a bañarse, y hurgaban con sus largos y delgados dedos en las tumbas frescas, sacaban los cadáveres y comían su carne. Elisa tuvo que pasar justo junto a ellas, y clavaron en ella sus ojos malvados, pero ella rezó su oración, recogió las ortigas ardientes y las llevó a casa, al palacio.

Solo un hombre la había visto: el arzobispo, que estaba despierto cuando los demás dormían. Ahora tenía razón en lo que creía: que algo no estaba bien con la reina; era una bruja; por eso había hechizado al rey y a todo el pueblo.

En el confesionario le dijo al rey lo que había visto y lo que temía, y cuando las duras palabras salieron de su lengua, las imágenes talladas de los santos menearon la cabeza, como si quisieran decir: «No es así, Elisa es inocente.» Pero el arzobispo lo interpretó de otro modo, creyó que atestiguaban en su contra, que meneaban la cabeza a causa de su pecado. Entonces rodaron dos gruesas lágrimas por las mejillas del rey, volvió a casa con la duda en el corazón; por la noche aparentó dormir, pero no llegó a sus ojos un sueño tranquilo; notó cómo Elisa se levantaba, y cada noche lo repetía, y cada vez la siguió en silencio y la vio desaparecer en su estancia secreta.

Día a día su semblante se ensombrecía más; Elisa lo veía, pero no comprendía el porqué, y aquello la angustiaba. ¡Y cuánto sufría en su corazón por sus hermanos! Sus amargas lágrimas caían sobre el terciopelo y la púrpura regia y allí yacían como brillantes diamantes, y todos los que veían aquella riqueza deseaban ser la reina. Entretanto estaba casi al final de su trabajo; solo faltaba una camiseta de malla; pero tampoco le quedaba lino y ni una sola ortiga. Una vez más, solo esta última, debía ir al cementerio a recoger unas pocas manos. Pensó con angustia en la solitaria

caminata y en las terribles lamias; pero su voluntad era tan firme como su confianza en el Señor.

Elisa fue, pero el rey y el arzobispo la siguieron; la vieron desaparecer por la verja del cementerio y al acercarse ellos, las lamias estaban sentadas en la losa tal como Elisa las había visto, y el rey se apartó, pues entre ellas creyó ver a quien esa misma noche había tenido la cabeza apoyada en su pecho.

—¡El pueblo debe juzgarla! —dijo, y el pueblo la juzgó: que ardiera en las llamas rojas.

De los magníficos salones reales fue llevada a un calabozo oscuro y húmedo donde el viento silbaba por la ventana enrejada; en lugar de terciopelo y seda le dieron el haz de ortigas que había recogido; podía apoyar la cabeza en él; las duras y ardientes camisetas de malla que había tejido serían su colcha y su manta, pero nada más querido podrían haberle dado; reanudó su trabajo y rezó a su Dios. Fuera, los chiquillos de la calle cantaban coplas burlándose de ella; ningún alma la consoló con una palabra afectuosa.

Al atardecer, cerca de la reja, susurró un ala de cisne; era el más joven de los hermanos, que había encontrado a su hermana; y ella sollozó de alegría en voz alta, aunque sabía que la noche que se acercaba sería quizás la última que tendría que vivir; pero ahora el trabajo estaba casi terminado y sus hermanos estaban allí.

El arzobispo vino para pasar con ella la última hora; se lo había prometido al rey, pero ella meneó la cabeza, le pidió con la mirada y los gestos que se fuera; esa noche debía terminar su labor, o todo habría sido en vano; todo, el dolor, las lágrimas y las noches sin dormir. El arzobispo se fue con palabras malignas en su contra, pero la pobre Elisa sabía que era inocente y siguió con su trabajo.

Los pequeños ratones corrían por el suelo; arrastraban las ortigas hasta sus pies para ayudar en algo, y el tordo se posó en el barrote de la ventana y cantó toda la noche tan alegremente como podía, para que no perdiera el ánimo.

Todavía no había amanecido del todo; faltaba aún una hora para que saliera el sol, cuando los once hermanos se presentaron ante la puerta del palacio pidiendo ser llevados ante el rey; les respondieron que no era posible, que todavía era de noche, el rey dormía y no podían despertarle. Rogaron, amenazaron; acudió la guardia, incluso el propio rey salió a preguntar qué estaba pasando; en ese momento salió el sol y ya no había hermanos que ver, pero sobre el palacio volaban once cisnes salvajes.

Salió todo el pueblo en tropel por la puerta de la ciudad; querían ver arder a la bruja. Un miserable caballo tiraba del carro en que ella iba sentada; le habían puesto una saya de burda arpillera; su hermoso cabello largo caía suelto sobre la hermosa cabeza; sus mejillas estaban lívidas; sus labios se movían suavemente mientras sus dedos hilaban el lino verde; incluso en el camino hacia su muerte no soltaba el trabajo que había emprendido; las diez camisetas de malla yacían a sus pies, la undécima la estaba tejiendo. La chusma la injuriaba.

—¡Mirad a la bruja, cómo murmura! No lleva en la mano un devocionario, no; ahí está con sus asquerosas brujerías; quitádselas y hacedlas pedazos.

Y todos se lanzaron sobre ella queriendo arrancarle el trabajo; entonces llegaron volando once cisnes blancos, se posaron alrededor de ella en el carro y batieron sus grandes alas. La multitud cedió aterrorizada.

—¡Es una señal del Cielo! ¡Seguramente es inocente! —susurraron muchos, pero no se atrevieron a decirlo en voz alta.

Entonces el verdugo la agarró de la mano; ella lanzó a toda prisa las once camisetas sobre los cisnes y allí estaban once hermosos príncipes; pero el más joven tenía un ala de cisne en lugar de un brazo, pues faltaba una manga en su camiseta de malla; no había podido terminarla.

—¡Ahora puedo hablar! —dijo—. ¡Soy inocente!

Y el pueblo que había visto lo ocurrido se inclinó ante ella como ante una santa; pero ella cayó sin vida en los brazos de sus hermanos, tal había sido el efecto de la tensión, la angustia y el dolor.

—Sí, inocente es —dijo el hermano mayor, y entonces contó todo lo que había sucedido; y mientras hablaba se extendió una fragancia como de millones de rosas, pues cada trozo de leña de la hoguera había echado raíces y brotado ramas; allí se alzaba un seto perfumado, tan alto y grande, con rosas rojas, y en lo más alto había una flor, blanca y resplandeciente, que brillaba como una estrella; el rey la cortó, la puso en el pecho de Elisa y ella despertó con paz y felicidad en el corazón.

Y todas las campanas de las iglesias repicaron solas y los pájaros llegaron en grandes bandadas. Fue un cortejo nupcial de regreso al palacio como ningún rey había visto jamás.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB